

ese día era martes, día habitualmente enojoso para la familia. Sus congojas habían llegado a tal punto que el joven cazador le propuso que iría en busca de su marido; ella iba a despertar a Fritz para que lo acompañara, cuando se oyó un ruido en la oscuridad nocturna.

—Es Moser! dijo la campesina, que se detuvo de pronto.

—Alóo! Eh! abre ligero mujer, gritó el campesino desde afuera. Ella corrió a abrir la puerta y Moser apareció trayendo en sus brazos al viejo perro ciego.

—Helo aquí, dijo alegremente; Dios me salve! llegué a creer que no lo encontraría jamás; el infeliz animal había rodado al fondo de la gran cantera.

—Y fuiste a buscarlo hasta allá? preguntó Dorotea asustada.

—Querías, entonces, que lo dejara en el fondo para hallarlo mañana ahogado? replicó el antiguo soldado. Me escurrí a lo largo del borde del gran precipicio y lo he traído en mis brazos como a un niño; sólo que la linterna se me quedó allá.

—Pero, desgraciado, tú arriesgabas la vida! exclamó Dorotea a quien producían escalofríos las explicaciones de su marido.

Este hizo un movimiento de hombros.

—Ah! no es nada! dijo con una alegría indiferente.—Si nada se arriesga, nada tiene uno; encontré a *Farraut* y esto es lo principal. Si el abuelo nos ha visto desde arriba, él estará contento.

Esta reflexión, hecha así, con un acento casi indiferente, emocionó a Arnoldo que alargó con entusiasmo la mano al campesino.

—Lo que usted ha hecho es de un corazón fuerte, dijo emocionado.

—Y qué hice? Impedir que un perro se ahogara? Válgame Dios! perros y hombres .. a Dios gracias, he apartado desde que nací más de un tropezado; pero algunas veces he tenido mejor tiempo que hoy. Oye, mujer, por allí debe haber un vaso para

cognac; trae un poco acá en la botella, que quiero calentarme; nada hay que seque mejor cuando uno está mojado.

Dorotea trajo la botella al campesino, que bebió a la salud de su huésped; después cada uno se fué a dormir.

Al día siguiente amaneció el tiempo bueno; el cielo barrido de nubes brillaba con esplendor; cantaban los pájaros, sacudiendo las alas sobre los árboles aún húmedos.

Cuando bajó del granero, donde le habían preparado una cama, Arnoldo halló cerca de la puerta a *Farraut* que se calentaba al sol naciente, mientras Juancito, sentado sobre las muletas le preparaba un plato de granos. Más allá, en la primer pieza, el campesino bebía una copa con un mendigo que acababa de pedir la limosna semanal; Dorotea llenaba una alforja.

—Vamos, viejo Enrique, un trago más, dijo el campesino, llenando el vaso del mendigo; para continuar la jornada es preciso que tomes valor.

—Uno lo halla aquí, observó el portador con una sonrisa; hay muchas casas en el barrio adonde le dan a uno más; pero no hay ni una en donde le den además buen corazón.

—Calla, maestro Enrique, interrumpió Moser; es uno quien debe hablar de esas cosas? bebe y deja al buen Dios que juzgue las acciones de cada uno. Tú también serviste; somos viejos camaradas.

El viejo se conformó con sacudir la cabeza, chocó su vaso con el del campesino; pero se veía que estaba más enternecido con la cordialidad que precedía a la limosna, que con la limosna misma.

Cuando hubo tomado su alforja y despedídose, Moser lo miró marcharse hasta que torció por el camino. Entonces respirando ruidosamente:

—Un pobre viejo rodando aún por las calles?—dijo volviéndose a su huésped:—Créame si gusta, señor, pero cuando veo hombres con la cabeza vacilante, que van así de puerta en puerta, implorando un pan, la sangre